

Gregorio, dejaron trabajos mas ó ménos defectuosos. Las fachadas de las dos iglesias en la plaza del Pópulo, y la de San Andres del Valle, una de las mejores de entónces, la quinta Pinciana, la catedral de Ronciglione, y el palacio de la Academia de Francia se deben á Carlos Rainaldi. El palacio Altieri demuestra la habilidad de Juan Antonio Rossi, natural de Bér-gamo, que sin embargo no sabía dibujar por su mano. Añadió la puerta calada el Romano Matias de Rossi, que sucedió á Bernini en casi todos sus empleos, y fué llamado tambien á Francia.

Pablo Guidotti, de Luca, pintor y escultor, y ademas conservador del Capitolio, es decir, el primer magistrado del pueblo romano, se entregó al estudio de las matemáticas, de la astrología, de la jurisprudencia y de la música. Por aficion á la anatomía registraba los cementerios; compuso la *Jerusalén destruida*, cuyas octavas acababan todas con la misma palabra que las de Tasso, prueba igual á la de volar, como intentó hacerlo en Luca, y de la cual solo sacó una pierna rota. Dirigió como arquitecto los aparatos para las canonizaciones de San Isidoro, San Ignacio, San Francisco Javier, San Felipe Neri y Santa Teresa. El Florentino Juan Coccapani no tuvo ménos variedad de talento. Empleado por el emperador como ingeniero militar, construyó en su patria la quinta imperial y el convento de Santa Teresa de Jesus; enseñó las matemáticas aplicándolas tambien á la perspectiva, á la fortificacion, á la arquitectura y á la mecánica. Nigetti dibujó, con arreglo á una idea de Don Juan de Austria, la capilla de los príncipes en San Lorenzo de Florencia, y trabajó en piedras duras. Despues de haber servido Alfonso Parigi como ingeniero en Alemania, restauró con ayuda de un admirado artificio el palacio Pitti, que se estaba arruinando. Gerardo Silvani hizo en el curso de una vida de noventa y seis años muchas obras, entre ellas palacios que son de los mejores de la ciudad.

Jacobo Torelli, de Fano, se distinguió en la arquitectura teatral, y en Venecia inventó un mecanismo para cambiar de golpe las decoraciones, artificio que no se habia empleado hasta entónces. Aunque habia perdido algunos dedos, continuó trabajando, y en Francia hizo máquinas y fuegos artificiales. Luis XIV le detuvo en calidad de arquitecto real; construyó en Paris el teatro del Pequeño Borbon, y contribuyó al brillo de las representaciones de las piezas de Corneille. De vuelta á su patria, fabricó un teatro que pasó por el mejor de todos; tanto que habiéndose quemado el de Viena en 1699, dispuso el emperador que se reedificase por el modelo del de Fano. Fernando, Francisco y Antonio Galli, de Bibbiena, pintores y arquitectos, se hicieron asimismo célebres en esta parte; y á porfia los llamaban para organizar fiestas y pintar escenarios y decoraciones.

El mal gusto se difundia por el resto de Europa, gracias á las academias instituidas por

los extranjeros en Roma para la educacion de la juventud. De los muchos arquitectos españoles que trabajaron en aquella época, ninguno es nombrado fuera de su país; lo cual no significa que faltasen. En los Primeros tiempos de la emancipacion de la Península, se adoptó el estilo romano. Antonelli, Calvi y otros Italianos construyeron muchos castillos, hasta que los Borbones introdujeron la fortificacion científica de Vauban, segun se ve en Barcelona, Alicante, Gerona, Figueras... En otro lugar hemos citado las obras civiles de aquel tiempo; despues, fundiendo el estilo romano con el gótico florido y el árabe delicado, se formó el estilo plateresco-arabesco, llamado tambien de Berrugete, porque este artista (1561) lo empleó mucho, y es alabado singularmente para las cornisas y los monumentos sepulcrales. Se distinguieron en dicho estilo Gaspar de Tordesillas, Xamete, Diego de Siloe, Daniel Forment, Felipe Virgany, Francisco Villalpando, Cristóbal de Andino y las familias de los Covarrubias, los Valdeviras y Ruiz (1). Volviendo luego al estilo romano, se construyó el Escorial, edificio sin carácter ni vida, aunque hermoseado á porfia por los sucesores de Felipe II. El arte de aquel tiempo toma su nombre de Herrera (1597), continuador de Palladio, y apasionado del estilo dórico: obras suyas son la catedral de Valladolid (1585), la capilla del Escorial, de mas mérito (1563), y el delicioso palacio de Aranjuez.

En los reinados de Felipe IV y Carlos II se introdujo un gusto vulgar, libre de todo freno, al que dió nombre José Churriguera, natural de Salamanca, y en el cual, segun el uso de Italia, se torturaban el metal y la piedra: Madrid se vió lleno de construcciones extravagantes, no debiendo confundirse con ellas la fachada de San Fernando, obra de Ribera. Felipe II pretendió corregir el gusto por medio de una verdadera inquisicion académica. Ventura Rodríguez, ecléctico mediano, y luego Juan de Villanueva, se ocuparon en ella; al estilo gótico y al árabe sustituyeron fachadas á la francesa; Sacchetti de Turin edificó el palacio de aquel rey; el Mesines Juvara hizo el de la Granja, y el Lombardo Bonavia el de Aranjuez.

Surgieron en España grandes pintores, cuando ya prevalecia el naturalismo de los Italianos. Santiago Rodrigo Velázquez, natural de Sevilla, prefirió estudiar la naturaleza á recibir lecciones de los maestros; tenia consigo á un aldeano, al que hacia adoptar varias actitudes y expresiones, y copiaba ademas frutos, flores y cuanto se le presentaba. En Italia estudió á los insignes artistas antiguos, y encargó un cuadro á cada uno de los doce pintores que ocupaban entónces el primer puesto, llevándolos á España, en union de otros muchos y de modelos, que adornaron los palacios reales. Vistió á la andaluza los personajes mitológicos que habia aprendido á pintar en Italia; pero su escrupulosa imitacion

(1) Véase ántes pág. 171.

de la naturaleza, la magia con que sabía emplear el claro oscuro que hizo se creyese vivo alguno de sus retratos, y el toque franco de su pincel, le valieron ser considerado como creador de un método exclusivamente suyo, estimando en mucho la corte poseer retratos pintados por él.

Llegó un día á su estudio un jóven, que habiéndose aficionado al arte y deseoso de visitar las galerías de Italia, habia reunido un escaso peculio pintando santos para los especuladores que los llevaban á vender á América. Velázquez quedó complacido del ardor y habilidad de su conciudadano, y le proporcionó algunos encargos, gracias á los cuales pudo colocarse el nombre de Bartolomé Murillo al frente de la escuela española. Trabajó con constante aficion, mejorando sin cesar el colorido y su pincel; y si por no haber salido de su patria no logró rayar á igual altura que los grandes artistas italianos, se conservó puro de los defectos dominantes á la sazón, compensando las debilidades con lo brillante del colorido y la fiel imitacion de la naturaleza; fué el pintor de la luz, el poeta del pueblo, cuyos harapos nos representó. Esta inclinacion *picaresca* es característica de la escuela española, que por lo demas, sacrificaba á veces, como la veneciana, las formas al colorido: copiaba mujeres hermosísimas, pero no del ideal griego; obligado á pintar con frecuencia reyes y reinos, sus modelos eran pésimos; no toleraba las desnudeces, como lo hacia Italia acostumbrada á las estatuas antiguas, y preferia los asuntos religiosos.

Pedro Subleyras emprendió un viaje á Roma, donde á principios del siglo siguiente fué considerado como uno de los primeros artistas, y tuvo el ambicionado honor de pintar uno de los cuadros destinados á adornar á San Pedro. Juan Ribera imitó al Correggio, y luego le dejó por Caravaggio, mas apropiado á su ingenio. Cano se formó en el estudio de los Caracci; Zurbaran representó los rigores y las emociones de la vida monástica.

En Flándes, verdadera madre del colorido, prevalecieron los Venecianos. Oton Venius, con la inspiracion que estos le comunicaron, trató de igualarlos en su patria, y pronto resucitó una escuela únicamente colorista. Su principal gloria fué Pedro Pablo Rubens, de Colonia, que habiéndose prendado de Ticiano y de Pablo Verones, hizo con el colorido lo que Miguel Ángel con el dibujo, pues descuidó las formas, y atendió solo á la luz; con tal de tener encarnaciones deslumbrantes, poco le importaban la trivialidad ó la extravagancia del dibujo, las formas pesadas ni los cielos monótonos. Le agradaban las escenas vulgares, las orgias; multiplicó las alegorias, especialmente los cuadros cuyo objeto era la adulacion; y pintaba con tal facilidad, que se conocen de él mil trescientas diez obras reproducidas por el grabado, pasando de un género á otro, y excitando siempre maravilla con el fuego de la composicion, á que sacrifica

la exactitud de las líneas. En su admirable Comunión de San Francisco en Ambéres, el Santo está desnudo como el San Jerónimo del Dominiquino; pero el color lo compensa todo.

La fama que este jefe de los coloristas exclusivos adquirió entre los magnates, fué causa de que se le encargaran algunas comisiones diplomáticas: el duque de Mantua le envió á ofrecer á Felipe III un soberbio tiro de seis caballos, y Felipe IV al rey de Inglaterra para arreglar las condiciones de un tratado de paz: la proteccion de Buckingham hizo se le acogiese en el último punto con magnificencia, y que se le armase caballero en pleno parlamento, regalándosele la espada con puño de oro, guarnecido de diamantes. En suma, pocos hombres han disfrutado mas que él de la merecida gloria; y con el amor se concilió tambien el amor. Entre sus muchos discípulos nos contentaremos con citar, por su gran reputacion, á Jordaens, Van Thulden, Teniers, Breughel, á los cuales encargaba frecuentemente la ejecucion del fondo de sus cuadros; todos admirados por la fiel reproduccion de la naturaleza, sin nada de idealismo. Algunos de sus compatriotas imitaron á los Italianos, por ejemplo Miguel Coxie, Francisco Floris, Abrahan Jaussens; otros dedujeron de ambas escuelas un estilo nuevo y libre, como Craeyer, Cornelio y Simon de Vos, y Antonio Van Dyck. Este último pintó tambien cuadros históricos, pero mas á menudo se ocupó en hacer retratos, colocándose en esta parte inmediatamente despues de Ticiano; su habilidad de retratista le valió el ser llamado á Inglaterra y á Italia; trabajaba con la mayor rapidez, excediendo á Rubens en delicadeza de tintas y en el feliz empaste. Las marinas de Enrique Uroom son estimadísimas: Pedro Mulier, apellidado Tempesta, es tan famoso en este género como el Borgoñon en las batallas.

Mientras Rubens esparce en sus lienzos toda la claridad del mediodía, Pablo Rembrandt, criado en el molino paterno, donde apenas penetraban los rayos solares, nos da sombras surcadas de luz, llamaradas en oscuras cavernas, lienzos negros, que nos presentan una, luego dos, y por último muchas figuras, y el brillo de los ojos y de las piedras preciosas. Jamas abandonó el método de vida y las conversaciones vulgares, ni corrigió la originalidad con el gusto y la elegancia. Empleó tambien en el grabado su poder de producir efectos, trabajando de punta con un artificio indecible. Tuvo por discípulo al Holandes Gerardo Dow.

Los Holandeses pintan con mucha lentitud. Slingelandt, discípulo de Dow, tardó tres años en el cuadro de la familia de Meermann, y tres meses en la ejecucion de un cuello de encaje, cuyas mallas pueden contarse. Van der Heyden pintó ruinas y paisajes con sumo gusto y armonía. Al mismo estilo pertenecen los animales de Potter, las flores y frutas de Van Huysum, los claros de luna de Van der Heer, las marinas de Van der Kappel, de Backuysen, de Van der

Murillo.
1618-
82.

Flamen-
cos.

1631.

Rubens.
1577-
1640.

Veláz-
quez.
1599-
1660.

1893-
1641.

Rem-
brandt.
1606-
71.

1613-
14.

Holan-
deses.

Velde, el cual dibujaba tranquilamente la batalla que rugía á su alrededor, estando en un buque de la escuadra de Ruyter. Edelinck de Ambéres fué excelente grabador.

1649-1707. Pedro Van Laar de Laaren, que habia ido á estudiar á Roma, se dedicó á copiar, no cuadros, sino la naturaleza, y trasladó al lienzo escenas de la vida comun. Pintando paisajes y ruinas con Poussin y Claudio de Lorena, los animaba, no por medio de la representacion de héroes y de batallas, sino de campesinos, ferias, bandoleros y otros asuntos que llamamos *bambochadas*, de donde tomó su sobrenombre. Por pequeñas que fuesen sus figuras, desplegaba en los mas insignificantes pormenores vigor é ingenio. Era asimismo grabador, y habiendo vuelto á su patria, vió surgir un rival formidable en Wouvermans, que unió al estro un estilo mas correcto y verdadero. Nadie le ha aventajado en la pintura de los caballos; si bien la circunstancia de no haber salido nunca de su país le hace parecer monótono; por lo demas, concluye sus cuadros con exquisito arte y admirable progresion de luz.

1658. El palacio de Amsterdam, que es el edificio mas notable de Holanda, forma la gloria de Jacobo Van Campen de Harlem. Está sostenido por trece mil seiscientos cincuenta y nueve maderos fijos en tierra y unidos; tiene doscientos ochenta y dos piés de largo, y doscientos veintidos de ancho, y está dispuesto todo simétricamente y adornado de mármoles riquísimos; pero las portezuelas bajas y la uniformidad de las ventanas no permiten calificarlo de bello.

Alema- nes. Entre los Alemanes, Leonardo Kern fué mas célebre por sus obras en madera y marfil que por las de mármol; Godofredo Leigebe construyó pequeñas estatuas ecuestres de hierro; Mateo Rauchmuller ejecutó la columna de la Trinidad en Viena, mas sobrecargada aun que las agujas de Fanzaga en Nápoles. Andres Schlüter, educado en Roma, modeló la estatua ecuestre de Federico I para el Puente Nuevo de Berlin, que fundió luego Juan Jacobi; en Berlin y Dresde trabajó tambien Baltasar Permosser. Juan Bernardo Fischer adornó á Viena segun el gusto de su tiempo; delineó el palacio de Schönbrunn, las agujas del Graben y de la Hoff, las grandes caballerizas de la corte, el palacio del príncipe Eugenio y la iglesia de San Carlos, erigida á consecuencia de un voto de Carlos VI, y cuyo aspecto es tan pobre. Varios artistas, al servicio de Pedro el Grande, se ocuparon en edificar á Petersburgo; otros trabajaron en Berlin de órden de Federico I de Prusia, especialmente Bott, el cual dirigió muchas construcciones, entre ellas el pórtico del castillo de Postdam, y Osander que hizo la nueva ala del de Königsberg.

Ingleses. En Inglaterra la arquitectura no pudo progresar á causa de la contribucion sobre las ventanas, de los derechos sobre los ladrillos y las piedras, y de la índole del país que se propone

en todo el mínimo gasto y la mayor ganancia, de suerte que se construyen caminos enteros por cuenta de empresas. La mayor parte de las casas de Lóndres eran de madera, y el conde de Arundel fué el primero que hizo edificios particulares de piedra. Íñigo Jónes, mientras estudiaba la pintura en Italia, se aficionó á la arquitectura, principalmente al ver los modelos venecianos; y habiendo adquirido pronto fama, Cristiano IV de Dinamarca le llamó á su corte en calidad de arquitecto, desde donde volvió á su patria. Al principio sus obras participaban del estilo gótico; mas despues lo abandonó y mostró que conocia á los grandes artistas italianos, y que sabia rivalizar con ellos, sobre todo con Palladio. Whitehall sería el palacio mas soberbio de los tiempos modernos si estuviere concluido; el hospicio de Greenwich á orillas del Tamesis, que se empezó con intencion de que fuese palacio, es digno de admiracion.

En 1666 se verificó el incendio de Lóndres, y su reedificacion excitó el genio de Cristóbal Wren que trazó un plano general, cual resulta de los modelos con calles anchas, pórticos y hermosos edificios. Triunfaron el interes y las consideraciones mezquinas, y se conservó gran parte de la antigua ciudad, cuya construcion era pobrísima, mientras que hubiera podido ser ejemplo de una gran capital, distribuida segun marcaba el dibujo. Á lo ménos se dispuso con algun órden, y se sustituyeron á la madera mejores materiales, lo cual, segun se dice, ha impedido la repeticion de las epidemias ántes frecuentes. Pensóse entónces en levantar un edificio que rivalizase con San Pedro de Roma, y Wren hizo el diseño de San Pablo, dándole de longitud cuatrocientos cincuenta piés con una cúpula de doscientos ocho piés de alto y noventa y ocho de diámetro. Exceptuando esto, en lo restante, y ménos aun en lo interior, no hay nada que sorprenda: en todas partes se ve el esfuerzo y la frialdad. Sin embargo, Wren tuvo la rarísima fortuna de empezar y acabar por sí su obra en treinta y cinco años, y con un solo empresario.

Aunque fué modelo de desinterés, se pretendió que prolongaba la fábrica para disfrutar de la pensión que apenas llegaba á doscientas libras esterlinas; de resultas de lo cual el parlamento le suspendió la mitad hasta que estuviere concluida la obra. Levantó tambien el *Monumento*, nombre que dan á la columna de ciento ochenta y ocho piés de alta erigida en memoria del incendio, y construyó otras muchas obras en los cincuenta años que dedicó á su arte. Despues quedó olvidado, hasta que la muerte hizo recordar á Lóndres que habia poseído un grande artista y le enterraron en San Pablo, á él y á su familia.

Entre todos los arquitectos enumerados por Campbell en el *Vitruvio inglés*, y que son poco conocidos fuera de su patria, mencionaré á Juan Vaesburg, el cual construyó el palacio

de Blenheim, regalado por la nacion al duque de Marlborough, en recompensa de la victoria de Hochstedt: diseño magnífico, con soberbios jardines, solo que el deseo de la variedad hizo caer en lo extravagante y abusar de los contrastes. Allí pintó Thornhill, á quien apellidaron indulgentemente el Rafael de aquella isla.

Los Franceses habian adoptado los diferentes métodos de los Italianos, llamados á la corte de Francia; pero prefirieron dedicarse á ejecutar obras de escultura y arquitectura; en cuanto á las de pintura, á no tratarse de retratos, ¿quién las buscaba fuera del rey? Lo mas singular es que nos trasmitiese tan escasas noticias de sus artistas un país que hoy no sabe callar nada.

1630. Durante los disturbios civiles, se perdió todo conocimiento y estimacion en materia de artes; volvió la afición á ellas cuando Enrique IV restableció el órden, pero con la diferencia de que se aplicó ménos atencion á la arquitectura y se olvidó la pintura en vidrio, mientras que se deseaban con ansia los cuadros. María de Médicis encargó muchas obras á Rubens, y queriendo edificar en Paris un palacio digno de su patria, compró la casa de Luxemburgo, y confió su construcion á Jacobo de Brosse, el cual la dejó complacida, imitando el estilo toscano, y especialmente el palacio Pitti con los continuos calados; pero estos, formados de piedras pequeñas, no de macizos como los Florentinos, y aplicados á las columnas, no satisfacen á la razon; ademas de que están interrumpidos por los pabellones tan usados en los palacios franceses. Suya es tambien la fachada de San Gervasio, de tres pisos, como se acostumbraba entónces, y el acueducto de Arcueil. Simon Guillin, de la escuela de Miguel Ángel, concluyó en 1647 el monumento de Pont-aux-Change, con el bajo relieve de la base, difícil por la grandeza, y digno de alabanza por el método con que fué ejecutado. Habia recibido su educacion en Roma, lo mismo que Jacobo Sarazin, autor de las grandiosas cariátides del Louvre.

1660. Sucedió á Primaticio como pintor de corte Santos Dubreuil, que siendo académico y entregado á la pompa, al amaneramiento, no adquirió ingenio con la edad. Á su muerte le reemplazó Freminet que habia permanecido quince años en Italia, muy ligado con el caballero de Arpino, y fanático por la escuela de Miguel Ángel. Así, pues, no agradó, como ninguno de los muchos que seguian cualquiera de las escuelas exageradas. La gloria de los Caracci habia llegado tambien á Francia, y las disputas entre los naturalistas y los idealistas se habian agitado allí. Entretanto en Italia adquiria nombre Simon Vouet, que se apropiaba varias partes de cada uno de los maestros, entónces de moda, y carecia de originalidad. Llamado para suceder á Freminet, fué aclamado restaurador de la pintura; se ponía singular empeño en poseer un cuadro suyo; no tenia tiempo

para pintar salas y dar lecciones, y empuñó el cetro artístico hasta que se lo arrebató Nicolas Poussin.

Este, natural de Andély, despues de haber luchado en su patria con todas las dificultades que rodean al principiante, y de haber encontrado envidiosos mas bien que amigos, fué iniciado por Marini en el conocimiento de las letras; á la edad de treinta años pudo cumplir su voto yendo á Roma, donde el mismo Marini le presentó al cardenal Barberini diciendo: *Veréis á un jóven que tiene la furia de un diablo*. En aquel vastísimo museo se conservó fiel á lo pasado; austero, separado de las asociaciones artísticas, estudiaba y copiaba por sí solo. Allí encontró á Claudio de Lorena, cuyos paisajes alcanzaban ya gran reputacion, y le colocaron en lo sucesivo al frente de este género. En efecto, Claudio dedicó á ellos tal esmero, que el observador léjos de abrazar el todo á primera vista, necesita recorrer poco á poco aquellos lienzos tan llenos de cosas, tan estudiados con grandes lontananzas, vivos efectos de luz y oportunos reflejos; solo las figuras desmerecen del resto de los cuadros. Poussin estrechó con él amistad, sin cuidarse del ruido de las academias ni de las tradiciones de esta ó de aquella escuela, y deseando formarse su poética, soportaba las burlas que el vulgo soberbio prodiga al que no le imita. Su constancia acabó por conciliarle el respeto: se empezó á encontrar bueno su estilo sin renegar de las aberraciones entónces comunes, y obtuvo una reputacion popular entre curiosos y artistas que admiraban y seguian métodos diferentes de los suyos.

1600-82. Richelieu no quiso que permaneciese fuera de Francia aquella gloria nacional; y Poussin, despues de excusarse por algun tiempo respondiendo: *Que el que está bien no necesita moverse*, cedió al fin á una carta del rey, el cual le acogió como si acabase de alcanzar un triunfo. Pero los artistas le declararon á porfia la guerra, que él sostuvo con firmeza y sin transigir con el charlatanismo del arte; su Cena y su San Francisco Javier mostraron á la Francia que poseía un grande artista. Lahire, Dorigny, Bourdon, y demas maestros de aquel tiempo, se llenaron de ira; y mas al ver, cuando se le destinó á arreglar la galeria del Louvre, que su martillo no perdonaba los estucos y otros adornos de mal género de Lemercier, arquitecto regio. Escribia: « Trabajo sin interrupcion, ya en una cosa, ya en otra. Soportaria con gusto estas fatigas, si no fuese por la precision de acabar en un instante obras que exigirían mucho tiempo. Juro á vuestra señoría, que si permaneciese largo espacio en este país, llegaria á ser por necesidad un indolente como los demas. Los estudios y las buenas observaciones, sea de la antigüedad, sea de otra cosa, no se conocen absolutamente; y el que sienta inclinacion al estudio y á trabajar con conciencia, debe alejarse mucho